Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"
Tercera serie, núm. 18, 2do. semestre de 1998

DESARROLLO Y PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LA HUELGA GENERAL DE 1890 EN CHILE

SERGIO GREZ TOSO*

La oleada de movimientos huelguísticos que se desarrolló en julio de 1890 en Tarapacá, Antofagasta, Valparaíso y otros puntos del país constituyó un momento de ruptura y un hito altamente simbólico en la historia del movimiento popular en Chile.

Al igual que otros fenómenos históricos, esta huelga general es posible estudiarla desde distintas perspectivas, tanto desde la coyuntura como de la estructura o la larga duración. Desde la visión de "los de arriba" o desde la mirada de "los de abajo" o, siendo más ambiciosos, a partir de un proyecto de construcción de una "historia total".

Nuestro estudio pretende vincular la coyuntura con las estructuras, a partir de la perspectiva del desarrollo histórico del movimiento obrero y popular en Chile, esto es, analizar los factores coyunturales que originaron las protestas masivas de los trabajadores de julio de 1890, su desarrollo y desenlace, para entenderlas en una óptica de largo aliento, que las sitúe como un hito de procesos que se venían produciendo desde hacía varias décadas y que continuaron desarrollándose durante la época del cambio de siglo y del Centenario.

LOS PROCESOS DE LARGA DURACIÓN

Las claves que permiten entender el significado de la explosión social de julio de 1890 están estrechamente relacionadas con las transformaciones socioeconómicas que experimentó la sociedad chilena durante las últimas décadas del siglo XIX, espe-

* Director del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, investigador del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y académico de la Universidad de Santiago de Chile.

cialmente a partir de la Guerra del Pacífico (1879-1883). El renovado impulso a la industrialización y la urbanización que trajo aparejado la incorporación de una importante capacidad productiva adicional a raíz de las conquistas militares en el norte (a costa de Perú y Bolivia) y en el sur (a expensas de los mapuches), contribuyeron a acelerar la mutación de la economía precapitalista de matriz colonial a una economía de tipo capitalista industrial.

Los efectos sobre las masas populares eran notorios. El peonaje de origen colonial no había desaparecido por completo, pero su metamorfosis en proletariado agrícola, minero e industrial se aceleraba y consolidaba. El artesanado urbano también estaba sufriendo transformaciones importantes. La añeja reglamentación colonial había desaparecido durante el primer tercio del siglo, dejando a los menestrales librados a los vaivenes de la economía moderna. El proceso de diferenciación social del artesanado siguió un curso zigzagueante: algunos de sus segmentos se hundieron y engrosaron las masas peonales o proletarias, pero otros –muy numerosos– habían logrado mantenerse e, incluso, en algunos casos, desarrollarse hasta el punto de encontrarse en los umbrales de la burguesía manufacturera-industrial. Hasta los años ochenta del siglo XIX las posibilidades de ascenso de ciertos estratos artesanales parecían abiertas, a condición de cumplirse ciertos requisitos, entre ellos, sin duda el más anhelado, la aplicación por parte del Estado chileno de una política de protección a la "industria nacional".

La riqueza generada por el *boom* del salitre no había redundado en beneficios substanciales para las masas laboriosas. Aparte de una mayor oferta de trabajo en las explotaciones mineras, en el tendido de las líneas férreas y en obras públicas y privadas, las condiciones de vida del "bajo pueblo" seguían siendo muy precarias. La devaluación monetaria implicaba depreciación de los salarios reales, siendo más grave aún la situación de aquellos vastos segmentos de trabajadores que percibían sus remuneraciones en fichas emitidas por los patrones, válidas sólo para adquirir productos en las pulperías de las empresas, que obtenían pingües ganancias de su monopólica situación.

Empeorando la triste situación del pueblo, a pesar del reforzamiento de las medidas sanitarias preventivas, mortíferas epidemias asolaban periódicamente el país, cebándose con particular saña en los más pobres. El hacinamiento en los ranchos, conventillos y cuartos redondos, la elevadísima mortalidad (especialmente infantil), el alcoholismo, la prostitución, el constante movimiento migratorio de trabajadores dentro y fuera de las fronteras nacionales y la proliferación de los petitorios, huelgas y movimientos de protesta social eran las facetas más visibles de la desgraciada condición popular. Hacia comienzos de la década de 1880 la elite había descubierto –horrorizada e inquieta– que en Chile también había aparecido la temida "cuestión social".

Los cambios en la actitud de los desposeídos respecto de su propio destino iban a la par con la magnitud de las transformaciones estructurales de la sociedad. El movimiento asociativo que venía desarrollándose desde mediados del siglo bajo la for-

ma de un proyecto de "regeneración del pueblo", encarnado en mutuales, cooperativas, escuelas de artesanos, sociedades filantrópicas de obreros, logias de temperancia, cajas de ahorro, periódicos populares, coordinaciones de organizaciones de trabajadores, etc., se había consolidado y extendido por casi todo el país. Y aunque el artesanado y los obreros calificados constituían su columna vertebral, variados segmentos del mundo popular urbano venían adhiriendo a las prácticas del socorro mutuo, la ilustración, el ahorro y la temperancia, para hacer realidad el objeto regenerador. La "cooperación" bajo sus distintas formas aparecía como la mejor manera de concretar tan noble ideal.

El movimiento asociativo de trabajadores abrazaba mayoritariamente las ideas liberales, laicas y democráticas, expresándose en el plano político a través de una forma *sui generis* de adhesión al ideario liberal, esto es, la conformación de una corriente de liberalismo popular, que tendía a diferenciarse y más tarde a separarse del liberalismo oficial de la elite dirigente. La Sociedad Escuela Republicana, las "candidaturas obreras" de 1882 y 1885, el apoyo condicional a la candidatura del liberal José Manuel Balmaceda en 1886, los periódicos *El Precursor, La Razón, El Hijo del Pueblo, El Gutemberg* y otros fueron algunos de los hitos y experiencias que marcaron la maduración de la corriente liberal popular hasta el quiebre definitivo con el liberalismo de "frac y corbata" que representó la fundación del Partido Democrático, a fines de 1887, como expresión política del movimiento laico y democrático de trabajadores.

También habían proliferado los movimientos de protesta social, como huelgas, motines y manifestaciones de distinta índole, a lo largo de la década de 1880. Las huelgas obreras involucraron a una gran cantidad de gremios, tanto a aquellos organizados en mutuales como a otros que no contaban con organizaciones estables. Las sociedades de socorro mutuo asumieron, a menudo, el papel dirigente en los movimientos reivindicativos, prefigurando la función de tipo sindical que años más tarde asumirán las sociedades de resistencia y las mancomunales. En otras ocasiones se formaron coordinaciones de huelga que actuaron al lado de las mutuales, logrando movilizar de manera concertada a trabajadores de distintas empresas y, en ocasiones, de toda una ciudad. Los movimientos del peonaje urbano y semiurbano (como los carrilanos) asumieron la forma de motines, manteniéndose en un estado cercano a la "guerra social", característica de las explosiones de los mineros con las cuales tendían a converger, tanto por sus tendencias comunes como por su proximidad geográfica.[1]

[1] Un amplio desarrollo de los temas evocados en esta introducción puede verse en Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile. 1810-1890*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-Red Internacional del Libro, 1998.

La explosión huelguística ocurrida en Tarapacá, Antofagasta y Valparaíso durante julio de 1890 fue el fruto de una inédita combinación de factores. Sin duda, la desmedrada condición de los trabajadores afectados por la desvalorización de sus salarios reales fue el elemento común en las tres provincias y en algunos otros puntos del país donde se produjeron movimientos menores. Como veremos más adelante, una situación particular de crisis económica –como la que se manifestaba con singular virulencia en el norte salitrero– fue un factor que contribuyó a preparar los ánimos populares para esta gran demostración de fuerza frente a los patrones y las autoridades del Estado. Pero, al mismo tiempo, la coyuntura política de profunda división de la elite fue el elemento que, por sobre las diferencias locales y regionales, unificó las demandas en un movimiento que, aun cuando en varios aspectos fue discontinuado y diferenciado, se constituye efectivamente en huelga general.

Desde hacía varios años la transición y las dificultades económicas venían predisponiendo a una gran variedad de sectores populares hacia el uso reiterado de la huelga como elemento de presión para el logro de sus demandas laborales. Si bien no todos los actores de la oleada reivindicativa del invierno de 1890 habían pasado anteriormente por la experiencia de la huelga, ésta era percibida como un recurso posible en el imaginario de vastos sectores de trabajadores. Al menos en casos extremos o en circunstancias excepcionales.

Y en el invierno de 1890 esas circunstancias se conjugaron de manera muy estrecha. "La crisis económica, recrudecimiento temporal de la Gran Depresión mundial de 1873-1896 –señala Julio PintoVallejos–, exacerbó las disputas entre el Estado chileno y algunos importantes grupos empresariales europeos respecto del reparto de los beneficios generados por Tarapacá. Simultáneamente provocó serias pugnas interempresariales, a medida que cada grupo intentaba reducir sus propias pérdidas a costa de los demás."[2] El mismo historiador explica que desde fines de 1889 comenzaron a bajar los precios del salitre, provocando la segunda crisis de esta industria en menos de diez años. Los productores pensaron reeditar la fórmula que habían aplicado exitosamente entre 1884 y 1886: la "Combinación Salitrera", un acuerdo de cuotas de producción que permitiera la recuperación de los precios. Una reunión efectuada en Londres decidió suspender las faenas durante el mes de diciembre y fijar cuotas de producción a partir de enero de 1890. Pero el arreglo no fue respetado debido a reticencias de aquellos empresarios que, por sus mejores niveles de productividad, esperaban estar en condiciones de resistir sin mayores inconvenientes la baja de los precios. Los patrones intentaron hacer recaer la crisis sobre los trabajadores. En muchas oficinas se produjeron despidos y hacia abril-mayo de 1890 se hallaban parali-

[2] Julio Pinto Vallejos, "La transición laboral en el norte salitrero: la provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile, 1870-1890", en: *Historia*, Santiago, vol. 25, 1990, p. 225.

zadas unas quince oficinas de un total de cincuenta y una. La ocupación en la industria del nitrato pasó de 12.491 operarios en noviembre de 1889 a 11.031 en marzo de 1890. La cesantía agudizó los problemas sociales y de seguridad pública: en la pampa proliferaron las bandas de asaltantes y en las ciudades principales los "vagos" y "bandoleros". Las restantes posibilidades laborales regionales –las guaneras, la construcción de ferrocarriles, las minas de plata y otras– no eran capaces de absorber la demanda de puestos de trabajo. Ciertos indicios permiten pensar que, como alternativa ante el cierre parcial o los despidos masivos, las compañías procedieron a acentuar la "recuperación" de sus gastos salariales a través de una manipulación inusitada del mecanismo de la ficha-salario, esto es, por medio de una reducción de los salarios reales gracias a la práctica de ventas monopólicas de productos de primera necesidad a los trabajadores en las "pulperías" de su propiedad. Aunque no existe certeza sobre este punto, lo cierto es que a partir de febrero se acentuaron las protestas obreras en contra del ignominioso sistema del pagos en fichas. Hacia mayo la pampa salitrera se encontraba en un clima de creciente efervescencia.[3]

La crisis política que sacudía al país hacia mediados de ese año fue el elemento catalizador del descontento obrero. La prueba de fuerza entre el Congreso y el Ejecutivo brindó a los trabajadores la oportunidad para lanzar una ofensiva reivindicativa sin precedentes en la historia de Chile. Ante la negativa de los parlamentarios de aprobar en junio una nueva ley de contribuciones, el gobierno, para evitar las importaciones "gratuitas", es decir, sin pago de arancel debido al boicot del Poder Legislativo, ordenó a las aduanas portuarias que exigieran fianzas a los comerciantes por montos equivalentes a los derechos mientras el Congreso no diera su autorización para el cobro de los impuestos.

La medida gubernamental afectaba a los importadores, pero favorecía a los exportadores (en su mayoría extranjeros) que se veían dispensados del pago de derechos de exportación. El gobierno parece haber utilizado distintos subterfugios para paralizar las exportaciones de nitrato. Una huelga de los portuarios –como la que estalló poco después en Iquique– podía favorecer sus objetivos. La oposición denunció la instigación al paro de labores por parte de funcionarios públicos dependientes del Ejecutivo, pero ello jamás pudo ser probado fehacientemente.

Para los obreros portuarios y los mineros del Norte Grande, las motivaciones eran distintas. Las causas fundadas del movimiento que estalló a comienzos de julio en la provincia de Tarapacá se encontraban en el régimen de la ficha-salario y en la depreciación constante del papel moneda con el que eran remunerados ciertos gremios, como los jornaleros, los lancheros y los fleteros del puerto de Iquique. La crisis política, las decisiones contrapuestas de los poderes Ejecutivo y Legislativo y la manipulación

[3] Julio Pinto Vallejos, "1890 : Un año de crisis en la sociedad del salitre", en: *Cuadernos de Historia,* Santiago, núm. 2, 1982, pp. 77-81. Véase, además, Mario Zolezzi Velásquez, "La gran huelga de julio de 1890 en Tarapacá", en: *Camanchaca*, núm. 7, Iquique, invierno-primavera 1988, pp. 8-10. Zolezzi estima el descuento de los salarios reales de los pampinos entre el 25% y el 40% de su valor mediante el mecanismo de la ficha a salario y de ventas monopólicas efectuadas por las pulperías.

de la protesta obrera a la que se entregaron ambos bandos no fue sino el telón de fondo o, si se quiere, el elemento catalizador, la brecha por donde se manifestó el intenso malestar de un pueblo pobre ante el cual se exhibía el espectáculo del creciente enriquecimiento del Estado y de las clases dirigentes gracias al *boom* del salitre.

Desde el inicio de las huelgas en Tarapacá, la oposición acusó al gobierno de ser un instigador directo y denunció las responsabilidades de ciertos funcionarios, especialmente de aquellos que dirigían los gremios de trabajadores portuarios dependientes del Estado. Si bien tales cargos no estaban completamente desprovistos de fundamento, ya que el paro de labores, en un primer momento, sería efectivamente el objetivo del Ejecutivo de bloquear las exportaciones de salitre, la evolución posterior del movimiento huelguístico, su gran extensión, la violencia que a menudo lo acompañó y la actitud en definitiva represiva adoptada por el gobierno demuestran el carácter esencialmente autónomo y espontáneo de esa oleada de reivindicaciones obreras.

El estallido de las huelgas en Iquique y las salitreras tarapaqueñas

El iniciador del conflicto fue el gremio de lancheros del puerto de Iquique. En la mañana del miércoles 2 de julio los lancheros se declararon en huelga y dieron a conocer un comunicado dirigido a las autoridades, al comercio y a la opinión pública, en el que explicaban que en atención a la escasa remuneración que recibían –más reducida aún si se tomaba en cuenta la depreciación del cambio y la carestía de la vida– solicitaban del comercio un aumento del valor de su trabajo "para que quede en armonía con los sacrificios que él nos impone y para que pueda bastar a los gastos de nuestra vida diaria. No es posible que pesen únicamente sobre nosotros los perjuicios que origina la baja del cambio. El comercio se aprovecha de ella para subir el valor de sus mercaderías; el industrial, que percibe el valor de su producto en oro, gana también pagándonos en moneda depreciada".[4] Por ello los lancheros decidían el cese del trabajo hasta la obtención del pago de sus servicios con los mismos precios en vigor, pero con moneda de plata o su equivalente en billetes corrientes al cambio fijado por el gobierno para la percepción de los derechos de aduana.[5] El comercio ofreció un aumento del 24% sobre el valor de los billetes, lo que fue rechazado por los huelguistas, originándose de este modo una situación de insospechadas consecuencias.[6]

[4] "A las autoridades, al comercio y al público", en: *El Nacional*, Iquique, 3 de julio de 1890, reproducido en "Lo de Iquique", *La Discusión*, Chillán, 12 de julio de 1890.

[5] Ibídem.

[6] "Los sucesos de Iquique", en: *La Reforma*, La Serena, 9 de julio de 1890.

Al día siguiente, el movimiento de los lancheros se extendió como reguero de pólvora a otros gremios de la ciudad. Antes de las 8 de la mañana del 13 de julio, un "numeroso grupo de gente de playa" se dirigió a la estación del Ferrocarril del Salitre para impedir las faenas de carga y descarga e incitar a los trabajadores a unirse a la huelga.[7] Más tarde, unos doscientos lancheros acudieron a la imprenta de *El Nacional*, periódico que desde comienzos de año había alentado las reivindicaciones populares y desarrollado una dura campaña contra los capitalistas británicos de la región, para que se imprimiera el manifiesto con sus peticiones. Luego de satisfecha esta demanda los jornaleros se declararon en huelga exigiendo el pago de sus remuneraciones en plata o su equivalente, constituyeron una Asociación de Trabajadores destinada a existir mientras durara el conflicto, confirieron amplios poderes a Rodolfo Castro, comandante del gremio (cargo que, conviene recordar, era designado por las autoridades de gobierno), nombrándolo presidente y representante, y declararon aceptar como tarifa y como reglamento para la asociación los del gremio de jornaleros de Iquique, fijados por el Estado.[8]

Desde ese momento, grupos considerables de manifestantes –dos mil personas, según algunas informaciones periodísticas– se dedicaron a impedir el funcionamiento de bancos, casas de comercio, fábricas, estaciones de ferrocarril, fundiciones, carros urbanos, coches y carretas. Los ¡vivas! al presidente de la República resonaron entre la multitud. Poco después llegó la noticia de que también habían iniciado un paro los operarios de las oficinas salitreras de la pampa y que unos mil quinientos huelguistas se dirigían hacia la ciudad de Iquique. El pánico cundió en el comercio y los bancos, que cerraron sus puertas y obtuvieron vigilancia especial de la policía.[9] Las autoridades locales adoptaron medidas de urgencia: se acuartelaron los bomberos y el intendente Blest Gana publicó una enérgica declaración subrayando la necesidad de "advertir a las clases trabajadoras que pueden entregarse tranquilamente a sus ocupaciones habituales en la seguridad de que la fuerza pública vigilará la propiedad y hará guardar el orden y que los que intenten perturbarlo serán severa y enérgicamente castigados".[10]

Las manifestaciones se sucedieron todo el día: al atardecer los enfrentamientos entre huelguistas y granaderos dejaron varios heridos; más tarde fue apedreada la imprenta del periódico opositor *La Voz de Chile*, y durante la noche ciertos grupos atacaron

7 *Archivo Nacional, Archivo Intendencia de Tarapacá* (en adelante ANAIT), vol. 186 (Ferrocarriles 1890-1895), oficio de S. F. Rowland, representante de la Cía. The Nitrate R. Ways CO.LD. al intendente de Tarapacá, Iquique, 3 de julio de 1890, s. f.

8 "Lo de Iquique", ob. cit.

9 "Los sucesos del norte", en: *El Comercio*, Valparaíso, 4 de julio de 1890; "Gran levantamiento en Iquique", "Telegramas. Cable submarino. Graves desórdenes en Iquique", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de julio de 1890; *El Estandarte Católico*, Santiago, 4 de julio de 1890; "Sucesos de Iquique", informaciones de *El Heraldo* reproducidas por *La Reforma*, La Serena, 7 de julio de 1890.

10 *El Nacional*, Iquique, 4 de julio de 1890, reproducido por *El Estandarte Católico*, Santiago, 11 de julio de 1890.

distintos almacenes ocasionando destrozos. Algunos propietarios se defendieron a balazos hasta la llegada de los Granaderos y del regimiento 8° de Línea, quienes cargaron a sable y bayoneta, hiriendo a algunos manifestantes y apresando a otros.[11]

Las autoridades locales pidieron el envío de refuerzos desde Tacna y Arica.

Desde el inicio del conflicto en Iquique, las divisiones de la elite quedaron de manifiesto. El intendente nombrado por el gobierno (que era al mismo tiempo comandante general de Armas de la provincia) ordenó el encarcelamiento de Enrique Vergara, editor del periódico *El Nacional*, diario nacionalista y populista, proclive a Balmaceda, que había publicado el manifiesto de los lancheros que dio comienzo a la ola de reivindicaciones, acusando a este periodista de haber azuzado a los huelguistas mezclándose con la masa de los manifestantes.[12] Aunque pocas horas más tarde Vergara fue puesto en libertad, este incidente marcó el comienzo de una serie de acusaciones mutuas entre los partidarios y los adversarios de Balmaceda, y entre las distintas fracciones de la opinión iquiqueña acerca de las responsabilidades de unos y otros en el origen y desarrollo del movimiento huelguístico. Los opositores pusieron el acento en el apoyo a la huelga brindado por los partidarios del Ejecutivo y en la negativa de éste a tomar enérgicas medidas para reprimir a los trabajadores. Los afectos al gobierno minimizaron la gravedad de los hechos y en algunos casos –como el representado por el grupo de redactores de *El Nacional*– acusaron al intendente de agravar la situación con medidas represivas desatinadas, sirviendo a la política de los salitreros extranjeros.[13]

El viernes 4 de julio el movimiento de los trabajadores conoció una evolución importante. Si bien las huelgas parecieron flaquear ante los esfuerzos conjugados de las autoridades y del comercio, que combinaron sabiamente las medidas conciliatorias con las demostraciones de fuerza, logrando que los lancheros volvieran a sus faenas, la oleada de contestación social se extendió. El comercio aceptó las reivindicaciones de los fleteros, el pago de plata de acuerdo con el cambio fijado por el gobierno más un pequeño aumento. Los fleteros terminaron su protesta, pero otros grupos de trabajadores se plegaron al paro: los carretoneros y cocheros cesaron sus labores exigiendo el pago en plata o su equivalente y aumentos salariales, y los panaderos comenzaron a discutir la posibilidad de imitarlos. De la pampa llegaron quinientos huelguistas, reforzando la acción de los obreros iquiqueños.[14] Durante la misma jor-

[11] Ibídem; "Noticias de la huelga transmitidas al Sur", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 10 de julio de 1890.

[12] "Huelga jeneral", ob. cit., y "La prisión del señor Vergara", artículos de *El Nacional* de Iquique reproducidos en "El principio de la huelga en Iquique", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 11 de julio de 1890.

[13] "Atropello inaudito del Intendente de la provincia", en: *El Nacional*, Iquique, reproducido en "El principio de la huelga...", ob. cit., *El Estandarte Católico*, Santiago, 11 de julio de 1890.

[14] "Cablegrama de Iquique", en: *El Comercio*, Valparaíso, 5 de julio de 1890; "Telegrama. Cable submarino. Siguen los desórdenes en Iquique", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 5 de julio de 1890; "Los desórdenes de Iquique. Cablegramas sobre la huelga", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 6 de julio de 1890.

nada, el comercio y los bancos de la capital tarapaqueña enviaron un telegrama a Balmaceda, con copia al comercio de Valparaíso, solicitando su protección.[15]

Al atardecer se anunciaba que los trabajadores de las oficinas salitreras Primitiva y Virginia se habían sumado a la huelga y bajaban a Iquique, amenazando con extenderse el movimiento a otros establecimientos. Por su parte, los obreros panificadores de la ciudad dieron dos días de plazo a sus patrones para ser pagados en plata, amenazando con cesar el trabajo si su reivindicación no era satisfecha. El juzgado condenó a dos de los manifestantes a sesenta días de prisión y a otros trece a treinta días inconmutables, contribuyendo a enardecer más a los huelguistas.[16] A estas alturas la parálisis de la ciudad era total.[17]

Un tono alarmista predominaba en muchas informaciones de prensa. Pero no se trataba tan sólo del interés de los periódicos de la oposición por presentar un panorama catastrófico; un clima de auténtico pánico comenzaba a propagarse en el seno de las clases dominantes, exacerbado por la radicalidad y persistencia del movimiento reivindicativo de los trabajadores nortinos. La situación tendía efectivamente a adquirir características más violentas. Durante la noche del viernes al sábado, la imprenta de *La Voz de Chile* fue apedreada durante más de tres horas. También hubo demostraciones hostiles frente al periódico *La Industria*, y los bomberos fueron atacados por los manifestantes.[18] Al término de la jornada del 4 de julio, en un gesto sin precedentes, el presidente Balmaceda envió un telegrama de contestación al comercio de Iquique en el que justificaba implícitamente las demandas obreras: "Recibido cablegrama, pido informe a Intendente. Deseo que Ud. diga cuáles son las exigencias de los huelguistas, qué paso han dado Uds. para una inteligencia razonable y equitativa con los trabajadores".[19]

La respuesta presidencial causó indignación entre los comerciantes y banqueros, quienes enviaron un nuevo telegrama a Balmaceda, insistiendo en la imposibilidad de acceder a las demandas obreras "en atención de los altos salarios con que son retribuidos los operarios en esta provincia".[20] Los voceros de la oposición se desencadenaron en críticas, denunciando la "complicidad" del primer mandatario con los huelguistas.[21]

15 "Sucesos de Iquique", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 18 de julio de 1890; "Presentación al presidente de la república", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 5 de julio de 1890; "Presentación del comercio de Iquique", en: *El Comercio*, Valparaíso, 5 de julio de 1890.

16 "Los desórdenes de Iquique...", ob. cit.

17 "Telegrama. Cable submarino. Siguen los desórdenes...", ob. cit.

18 Informaciones de *La Unión*, Valparaíso, 5 de julio de 1890, reproducidas en "Los desórdenes de Iquique"..., loc. cit.

19 *ANAIT*, vol. 206 (Ministerio del Interior, 1890), telegrama de José Manuel Balmaceda al intendente de Tarapacá, Santiago, 4 de julio de 1890, s. f.; "La huelga de Iquique. S. E. el Presidente y el comercio de Iquique", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 6 de julio de 1890.

20 Ibídem.

21 Véase, a modo de ejemplo, la intervención del diputado liberal Isidoro Errázuriz, *Sesiones del Congreso Nacional. Cámara de Diputados. Boletín de las Sesiones Ordinarias en 1890*, "Sesión 22 ordinaria en 8 de julio de 1890", ob. cit., p. 349.

¿Cuál era la verdadera motivación de Balmaceda y sus partidarios al asumir una actitud comprensiva frente al movimiento reivindicativo de los trabajadores nortinos? ¿Se trataba de una simple manipulación maquiavélica, como han sostenido algunos autores?[22] ¿O tal vez, junto con el interés político que representaban estas huelgas para el balmacedismo (mientras ellas no sobrepasaran ciertos límites), existía una clara conciencia de que las reivindicaciones obreras eran justificadas?

El presidente de la República conocía bien las condiciones de dura explotación que afectaban a los trabajadores de la región del salitre. Una gira efectuada en 1889 le había permitido observar la realidad social de aquella zona. Su proyecto nacionalista, industrialista, modernizador, difícilmente podía prescindir de un cierto *aggiornamiento* de las relaciones laborales. El sistema de ficha-salario imperante en las salitreras era una fuente importante de acumulación extraordinaria de capital, pero conllevaba el riesgo de explosiones sociales como la que comenzaba a conocer el país en esos momentos. Pero nada permite asegurar que en el ideario político de Balmaceda y de sus más cercanos colaboradores estuviera presente la necesidad de una reforma de las vetustas relaciones entre el capital y el trabajo imperantes en Chile. Entonces sólo puede consignarse la actitud de franca simpatía manifestada hacia los huelguistas durante la primera semana del conflicto por algunos de los voceros del balmacedismo o por quienes declaraban ser sus partidarios. El más claro de ellos era, sin lugar a dudas, el periódico *El Nacional*, de Iquique, calificado por los opositores como "instigador" del movimiento.[23]

La situación de "relativa tranquilidad" aludida por dicho periódico amenazaba con evolucionar rápidamente hacia desbordes que ni siquiera el balmacedismo o el populismo estaban dispuestos a tolerar. Para prevenir futuros desórdenes y como una manera de demostrar a los huelguistas los límites que no debían sobrepasar, por orden del propio presidente de la República la Armada nacional empezó a transportar tropas hasta Iquique.[24]

Entretanto, la huelga continuaba ganando nuevos adeptos. El sábado 5 de julio los trabajadores del ferrocarril se declararon en paro y, siguiendo una proposición del intendente, nombraron una comisión para discutir con él una solución al conflicto. La noche del sábado al domingo fue tranquila.[25] Al día siguiente se sumaron a la huelga,

[22] Especialmente Marcelo Segall en *Desarrollo del Capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1953, pp. 225-233.

[23] Aunque este periódico se caracterizó por mantener una postura política *sui generis* de tipo nacionalista y populista, recalcamos que durante la primera quincena de julio de 1890 apareció claramente como un defensor del gobierno. Si bien esto no hace de *El Nacional* un órgano totalmente representativo del balmacedismo, nos permite considerarlo como bastante cercano a él en el contexto tarapaqueño de esos días.

[24] Informaciones de *La Unión* de Valparaíso reproducidas en "Los desórdenes de Iquique. Cablegramas sobre la huelga". *El Ferrocarril*, Santiago, 6 de julio de 1890, ob. cit.; "Los Sucesos de Iquique", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 8 de julio de 1890.

[25] "El gremio de jornaleros", en: *El Nacional*, Iquique, 7 de julio de 1890, reproducido por *El Estandarte Católico*, Santiago, 15 de julio de 1890; "Sucesos de Iquique", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 7 de julio de 1890.

entre otros, los muchachos cargadores, los carreteros de minas y los peones de recova;[26] el gremio de carpinteros repartió una declaración pidiendo el pago en plata o su equivalente en billetes, y los operarios de sastrerías acordaron suspender sus labores desde el 7 de julio hasta obtener satisfacción a la misma reivindicación.[27] Pero ya comenzaban a manifestarse algunos signos de solución de los conflictos principales en la ciudad de Iquique. Ante la masividad y solidez del movimiento y frente a la negativa del gobierno de desencadenar una represión abierta, muchos empresarios empezaron a ceder. El 5 de julio los industriales panaderos habían aceptado aumentar el 50% los salarios de sus obreros y pagarlos en plata; en la noche del 7 de julio se llegó a un acuerdo entre los comisionados del comercio y el gremio de jornaleros del puerto de Iquique, que preveía el término de la huelga a cambio de realizarse los pagos en "plata fuerte o su equivalente en billetes con el recargo de exportación que fija la Aduana mensualmente".[28] El trabajo se reiniciará al día siguiente.

Si bien la tensión había bajado en Iquique, el lunes 7 de julio aún se veían numerosos grupos de trabajadores que recorrían en orden las calles de la ciudad. Todos levantaban la misma consigna: ser pagados en plata o su equivalente en papel. Pero las noticias del interior eran mucho más inquietantes. El 6 de julio, el subdelegado de Huantanajaya había comunicado al intendente que los trabajadores del mineral de su localidad se habían declarado en huelga exigiendo el pago en plata fuerte o su equivalente en billetes.[29] Al día siguiente se anunció que la oficina salitrera de San Donato había sido quemada, y Las Tres Marías, Rosario y Ramírez saqueadas, resultando muerto el pulpero de Las Tres Marías y varios heridos. De inmediato, las autoridades locales de Iquique mandaron por mar cincuenta soldados de refuerzo a Pisagua y pidieron otros a Tacna.[30] Al mismo tiempo, los huelguistas de Huantajaya y Santa Rosa bajaron a Iquique con banderas desplegadas y aceptaron la proposición del intendente Blest Gana de formar una comisión para entenderse con sus representantes y luego éste convocó a los gerentes de las salitreras para conferenciar.[31]

El paro en la pampa era casi total. Los trabajadores de Primitiva, Huara, Rosario y San Jorge se reunieron y, sacando los rieles de la línea férrea, impidieron que el tren de pasajeros bajara a Iquique. Al terminar la tarde, el comercio y los gerentes de los minerales cedieron frente a las exigencias obreras, conviniendo pagar a sus trabajadores en plata o el equivalente en billetes, suprimir el registro al desnudo que se ha-

26 "Sucesos de Iquique", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 7 de julio de 1890, ob. cit.

27 "Otro gremio en huelga" y "También los sastres a los siguientes señores dueños de sastrerías", en: *El Mercurio*, 14 de julio de 1890.

28 *El Nacional*, Iquique, 7 de julio de 1890, reproducido por *La Reforma*, La Serena, 14 de julio de 1890.

29 *ANAIT*, vol. 206 (Ministerio del Interior, 1890), telegrama de José Manuel Balmaceda al intendente de Tarapacá, Santiago, 4 de julio de 1890, s. f.; "La huelga de Iquique. S. E. el Presidente y el comercio de Iquique", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 6 de julio de 1890.

30 "Cablegrama de Iquique", en: *El Comercio*, Valparaíso, 8 de julio de 1890; "Oficinas salitreras", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 9 de julio de 1890.

31 "El estado de la huelga", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 9 de julio de 1890.

cía a los operarios de las minas (para evitar el robo de mineral) y eliminar el pago por fichas.[32] Sin embargo, los trabajadores exigían el pago en pesos fuertes, lo que provocó la continuación de la huelga.[33]

El movimiento se radicalizó y se masificó.

EXTENSIÓN Y DECLINACIÓN DE LAS HUELGAS NORTINAS

El 7 de julio la huelga se extendió a los trabajadores portuarios de Pisagua.[34] Al día siguiente continuaron bajando a Iquique numerosos trabajadores de la pampa. En el interior fueron saqueadas las oficinas Sacramento, Cruz, Zapiga y Dolores.[35] Más de dos mil obreros amenazaban la oficina Primitiva, y también era amagada la oficina La Patria. Las autoridades mandaron una fuerza militar de cincuenta hombres de refuerzo a Pisagua y de cien a la pampa. Barcos de la Armada se dirigieron a Antofagasta y Arica a buscar refuerzos.[36] El intendente Blest Gana envió una comisión al interior de la provincia para intentar un acuerdo con los trabajadores que pusiera fin a la huelga y mandó un nuevo telegrama a Balmaceda informándole del incendio de tres salitreras en Antofagasta, de la declaración de huelga de los gremios de esa ciudad y de la insuficiente cantidad de tropas para contener los desórdenes en Iquique. El presidente reunió de inmediato al gabinete, acordando el envío de tropas a Iquique desde Valparaíso, Antofagasta y Tacna.[37]

Por su parte, los huelguistas, exasperados por la feroz explotación sufrida en las salitreras, protagonizaban actos de violencia contra las oficinas, instalaciones y pulperías de las compañías mineras. Las pulperías –símbolos de la superexplotación y de los peores abusos patronales– eran el blanco favorito de los saqueos y de la furia destructora de los mineros del salitre. En Santiago y Valparaíso la prensa se hacía eco de informaciones alarmistas no confirmadas posteriormente, que hablaban de enfrentamientos entre trabajadores y la tropa en la oficina La Palma, el 9 de julio, con un sal-

[32] Ibídem.; "Arreglo con mineros", en: *El Nacional*, Iquique, reproducido en *El Mercurio*, Valparaíso, 14 de julio de 1890; "En las oficinas", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 11 de julio de 1890.

[33] Informaciones de *El Comercio*, reproducidas por *El Ferrocarril*, Santiago, 9 de julio de 1890.

[34] *ANAIT*, vol. 191 (Gobernación de Pisagua, 1890), telegramas de M. A. Riofrio al intendente de Tarapacá, Pisagua, julio 7 de 1890, s. f.; *ANAIT*, vol. 186 (Ferrocarriles 1890-1895), oficio de S. F. Rowland, representante de la Compañía The Nitrate R. Ways CO. LO., al intendente de Tarapacá, julio 7 de 1890, s. f.

[35] *ANAIT*, vol. 191 (Gobernación de Pisagua, 1890), telegramas de M. A. Riofrio al intendente de Tarapacá, Pisagua, julio 8 de 1890, s. f.

[36] "Los sucesos de Iquique. Noticias oficiales sobre los sucesos del norte", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 9 de julio de 1890.

[37] "Levantamiento en Iquique. Sucesos gravísimos en Pisagua. Resoluciones del gobierno", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 9 de julio de 1890.

do de cuarenta muertos y numerosos heridos entre los huelguistas.[38] Pero lo cierto es que el establecimiento fue quemado y que nuevos saqueos se produjeron en aquellos días en las oficinas de San Donato, Ramírez, Tres Marías, Constancia, San José, Peña Chica, Zapiga, La Compañía, Rosario y Sacramento, y en las localidades de estación Zapiga y Pozo Almonte, sin contar otras salitreras amenazadas por el alzamiento de trabajadores.[39] Desde Santa Catalina se comunicaba a Iquique, el 9 de julio, que un grupo de doscientos o más hombres había saqueado el comercio de la estación de Zapiga y las pulperías de la salitrera, y que, al intentar quemar la estación del ferrocarril, habían sido recibidos a balazos por "el jefe y vecinos armados, muriendo seis de la turba y dispersándose".[40]

Las llamas de la rebelión abrasaban toda la pampa.

El gobierno endureció su posición; el ministro Sanfuentes envió el mismo 9 de julio un telegrama con instrucciones para reprimir severamente a las "turbas" de pampinos. "En Iquique deben armarse bomberos y particulares y unidos a fuerza de líneas no dejar que turbas pampinas lleguen a Iquique. Si fuese amenazado por las turbas debe hacer un escarmiento severo y hacer fuego sobre los asaltantes; si llega este momento extremo es necesario ser inexorable para defender la propiedad y las personas. Prepararse con todas las autoridades y las personas de buena voluntad. La tropa del interior debe hacerse respetar haciendo valer sus armas y su más enérgica severidad aproveche fuerzas y elementos 'Cochrane'."[41]

A partir del jueves 10 las negociaciones entre patrones y obreros, las demostraciones de fuerza de las tropas despachadas al norte por las autoridades del Estado y las mediaciones de una serie de comisionados enviados por la Intendencia de Tarapacá a conversar con los huelguistas comenzaron a rendir sus frutos. Los operarios del cantón minero de Negreiros llegaron a un acuerdo con sus patrones. Sus puntos eran: pago mensual de salario en todas las oficinas; pago en plata o su equivalente en billetes, según el tipo de cambio; nombramiento por parte del gobierno de un inspector de oficinas salitreras con el encargo de supervigilar el trato y consideración de los obreros; dictación por el gobierno de una ordenanza a la cual se sujetarían estrictamente los administradores, cajeros, corredores y el resto del personal administrativo y de dirección de las oficinas salitreras; supresión de los médicos en todas las empresas y, por consiguiente, del peso que con tal objeto debían pagar mensualmente los trabajadores; aceptación de las fichas, pero sin descuento, a la par; libertad de comer-

38 "Iquique. La verdad de los hechos. Telegramas que la anuncian", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 10 de julio de 1890.

39 "Los acontecimientos de Iquique", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 10 de julio de 1890; "Telegramas. Cable submarino. Los desórdenes de Iquique", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 11 de julio de 1890; "Noticias del interior", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 12 de julio de 1890; *ANAIT*, vol. 191 (Gobernación de Pisagua, 1890), telegramas de M. A. Riofrio al intendente de Tarapacá, Pisagua, 8 y 9 de julio de 1890, s. f.

40 *ANAIT*, vol. 178 (Correos, telégrafos y ferrocarriles 1890-1895), telegrama de R. 2° Requena..., ob. cit.

41 *ANAIT*, vol. 206 (Ministerio del Interior, 1890), telegrama del ministro Sanfuentes al intendente de Tarapacá, Santiago, 9 de julio de 1890, s. f.

cio en los establecimientos; aviso de quince días para licenciar a un operario y que las letras que giraban los administradores de oficinas nunca excedieran un plazo de tres días de aviso para su cancelación.[42]

El 10 de julio también se reanudaron los trabajos en la estación del ferrocarril salitrero y en la fundición del Morro (Iquique), pero continuaron en huelga los obreros de la Beneficiadora de Cavancha (que también pedían sueldos en plata o su equivalente en billetes), los sastres y los zapateros de esta misma ciudad, la totalidad de los gremios de Pisagua y la mayoría de los trabajadores de las salitreras del interior de la provincia de Tarapacá.[43]

Al día siguiente, viernes 11 de julio, se declararon en huelga los casi trescientos obreros de la maestranza del ferrocarril de Antofagasta, exigiendo que sus salarios fueran pagados en plata o su equivalente en billetes con el recargo que fijaba el fisco para la percepción de sus derechos. Luego se dirigieron a la Compañía de Salitres donde, según un informe de la Intendencia, de viva fuerza impidieron la continuación de los trabajos. Lo mismo hicieron los obreros de la Fundición de Metales Bellavista y los de Playa Blanca, lugar situado a unos cuatro kilómetros de la localidad. Como Antofagasta se encontraba prácticamente desguarnecida por haberse mandado gran parte de sus tropas a Iquique, una guardia blanca del "vecindario" y miembros del Cuerpo de Bomberos aseguraron la vigilancia de la ciudad durante el resto de la noche y en los días siguientes.[44] El 12 de julio los huelguistas antofagastinos continuaron sus manifestaciones. A pesar de ello, las tiendas abrieron sus puertas. Los gremios de playa trabajaron desde las doce del día, pero otros obreros prosiguieron el movimiento. En la noche, la tropa mató a cuatro huelguistas y dejó heridos a varios más.[45] Empero, durante el mismo día se reunieron en la Intendencia, junto a la máxima autoridad de la provincia, los administrativos de la empresa del ferrocarril y de la Compañía de Salitres, el agente de la Compañía de Huanchaca y cinco representantes de los obreros de esas empresas, concluyendo un acuerdo que preveía el pago de los salarios en plata o su equivalente en billetes con el recargo fijado por el

[42] "Noticias del interior", en: *El Nacional*, Iquique, 11 de julio de 1890, reproducido por *El Estandarte Católico*, Santiago, 19 de julio de 1890, en la rúbrica "Correo de Iquique. Los últimos momentos de la huelga".

[43] "Trabajando" y "Beneficiadora de Cavancha", en: *El Nacional*, Iquique, artículos reproducidos en "Correo de Iquique. Los últimos momentos de la huelga", ob. cit.

[44] *Archivo Nacional, Archivo del Ministerio del Interior* (en adelante *ANAMI*), vol. 1596, (Documentación relativa a Intendencias, decretos y notas, 1890), Intendencia de Antofagasta, oficio del intendente al ministro del Interior, 15 de julio de 1890, fjs. 176-178; "La situación en Iquique", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 11 de julio de 1890; "Telegramas. Antofagasta", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 12 de julio de 1890; "Las huelgas en Antofagasta", "Aumento de salario" y "Huelga en Antofagasta", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de julio de 1890; "En Antofagasta. Huelga de trabajadores", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 12 de julio de 1890; "Antofagasta. Los últimos sucesos (de *El Industrial*)", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 17 de julio de 1890; "Telegramas. Antofagasta", ob. cit.; "En Antofagasta. Casas asaltadas. Se piden garantías", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 13 de julio de 1890.

[45] "Situación de Iquique", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 13 de julio de 1890.

fisco para la percepción de sus derechos y la supresión "en lo absoluto de fichas en todas las faenas de cualquiera de las empresas nombradas, y en especial de la Playa Blanca".[46] Los acuerdos logrados con los principales gremios pusieron fin a la mayoría de las huelgas, y la llegada desde Valparaíso de la cañonera Pilcomayo con un contingente de cien hombres del batallón Artillería de Costa dio tranquilidad a los comerciantes e industriales.[47]

Mientras tanto, en Iquique se señalaba calma; no obstante, la mayoría de las salitreras y de los ferrocarriles seguían paralizados. En el interior fue repelido un nuevo ataque a la oficina San Donato, pero los huelguistas consiguieron saquear la pulpería y quemar los papeles y archivos de las oficinas. Otros grupos de trabajadores intentaron asaltar, sin mayor éxito, la oficina San José, y los obreros de la oficina salitrera La Patria se declararon en huelga el mismo día 12 para exigir aumento de salarios. En precaución de nuevos incidentes fue enviada desde Negreiros una partida de caballería hacia esta última oficina. Simultáneamente, en la salitrera San José los huelguistas pretendieron atacar la pulpería, siendo rechazados.[48]

Entre el 11 y 12 de julio nuevos acuerdos entre trabajadores y empresarios pusieron término a una serie de huelgas en Iquique, como la de los obreros de la Beneficiadora de Cavancha, quienes luego de obtener una promesa de pago en plata o su equivalente en billetes volvieron a sus labores.[49] De inmediato, apenas los conflictos comenzaban a resolverse, se anunció la táctica patronal de romper o anular las conquistas proletarias: licenciamientos y reducción de actividades productivas aduciendo la imposibilidad de dar cumplimiento a los acuerdos y mantener el mismo ritmo de producción. Al mismo tiempo, el empresariado, a través de sus voceros y medios de prensa, lanzó una enérgica ofensiva de explicaciones destinadas a convencer a los trabajadores sobre las nefastas consecuencias que las huelgas acarreaban para sus propios intereses. El periódico *La Voz de Chile*, editado en Iquique por opositores al gobierno vinculados con el grupo North, se destacó en esta acometida, responsabilizando a los "agitadores" (subentendido, partidarios del gobierno) de las consecuencias negativas para la clase obrera y describiendo con trazos sombríos la situación al término de esa primera ola de huelgas.[50]

En realidad, como señala acertadamente Ramírez Necochea, los empresarios habían firmado los compromisos con los representantes obreros como una manera de

46 "Antofagasta", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 16 de julio de 1890; *ANAMI*, vol. 1596, Intendencia de Antofagasta, 15 de julio de 1890, ob. cit., f. 179. Inmediatamente después de concluido el acuerdo se presentó el administrador de los Hornos de Fundición de Bellavista declarando su total adhesión a lo pactado. Ibídem.

47 Ob. cit., f. 178 vta.

48 "Noticias del interior", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 12 de julio de 1890 y "Sucesos del interior", en: *El Nacional*, Iquique, 12 de julio de 1890. Ambas informaciones fueron reproducidas por *El Estandarte Católico*, Santiago, 19 de julio de 1890, en la rúbrica "Correo de Iquique. Los últimos...", ob. cit.

49 Ibídem.

50 "Consecuencias de la huelga", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 12 de julio de 1890.

ganar tiempo y con el fin premeditado de burlarlos. Pasado el primer momento de desconcierto y sintiéndose fortalecidos por la presencia de tropas, los patrones desconocieron los acuerdos e intentaron volver a la situación que existía antes de las huelgas.[51]

Desde entonces –mediados de julio– las huelgas volvieron al interior de la provincia de Tarapacá, pero sin lograr la fuerza y amplitud de la marejada anterior. La presencia de fuerzas armadas, el desconcierto y la desilusión complotaron contra este nuevo movimiento. La partida de centenares de trabajadores embarcados gratuitamente hacia el sur por las autoridades fue otro factor que contribuyó a debilitar la protesta popular. Cada gremio se presentó a la batalla de manera aislada y las reivindicaciones fueron, en la mayoría de los casos, mucho más moderadas: en las salitreras ya no se exigían aumentos de sueldo ni pago en plata o su equivalente en billetes, sino la supresión de las fichas, el pago mensual y la finalización de los registros al desnudo.[52] La moderación de las demandas de los pampinos se estrelló contra la intransigencia de los patrones, quienes, desde la posición de fuerza que les daba el continuo aumento de tropas enviadas por el gobierno, pudieron volver a imponer las antiguas condiciones de trabajo casi sin variaciones.[53]

Vencida prácticamente en todos los rincones de la provincia de Tarapacá, la protesta obrera trasladó su eje al centro del país. Durante la segunda quincena de julio continuaron desarrollándose algunas luchas en el norte, pero ya eran parte de un combate de retaguardia en un contexto general de correlación de fuerzas profundamente desfavorable a los trabajadores.

En Arica, ciudad peruana colocada bajo la administración chilena, el conflicto social se entremezcló con la espinuda cuestión nacional, haciendo más compleja la situación. Las contradicciones entre distintas facciones de la elite, que habían pesado en la génesis de las huelgas nortinas a través de la manipulación de las reivindicaciones obreras, se vieron reforzadas por factores étnicos y nacionales. Las desavenencias de la elite eran profundas: el gobernador, los jueces, los miembros de la Junta de Beneficencia, el comandante del gremio de jornaleros, el administrador de aduanas y ciertos funcionarios estatales y municipales se agrupaban en bandos y conspiraban tratando de manipular, cada cual a su manera, las reivindicaciones sociales y nacionales.[54] En este delicado contexto, y a pesar del acuerdo de las casas

[51] Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes. Siglo XIX*, 2ª edición, Concepción, Ediciones LAR, 1986, p. 298.

[52] Véase a título ilustrativo el petitorio de los trabajadores de las oficinas Rosario de Huara, San Jorge y Primitiva. "Presentación", en: *El Nacional*, Iquique, 16 de julio de 1890, reproducido por *El Estandarte Católico*, Santiago, 23 de julio de 1890. Véase también "Los trabajadores de la pampa y sus exijencias", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 18 de julio de 1890.

[53] Véase, por ejemplo, "La vuelta al antiguo réjimen", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 20 de julio de 1890.

[54] *Biblioteca Nacional, Sala Medina* (en adelante BNSM), *Correspondencia a José Manuel Balmaceda*, tomo VII (1890), oficio de Daniel Palacios a José Manuel Balmaceda, Tacna, agosto 3 de 1890, f. 204.

de comercio de pagar en moneda boliviana, los trabajadores portuarios se declararon en huelga el 16 de julio, agregando a sus demandas económicas la exigencia de la destitución del comandante del gremio de jornaleros y lancheros.[55] El viernes 18, cuando ya habían parado los jornaleros, cachucheros, fleteros, lancheros y cocheros, además de algunos obreros panificadores, unos doscientos huelguistas fueron repelidos por una carga a la bayoneta de los soldados que causó al menos siete heridos. Sólo la remoción del comandante del gremio de jornaleros, gracias a la intervención personal del intendente de Tarapacá, que se había trasladado al norte para apagar los últimos focos de rebelión proletaria, permitió que los obreros portuarios regresaran a sus faenas el lunes 21 de julio a pesar de que sus reivindicaciones salariales no fueran satisfechas.[56]

En la pampa subsistieron durante varios días algunos focos de agitación, especialmente en Rosario de Huara, donde se produjo un amotinamiento de los operarios que fue rápidamente sofocado el 17 de julio por las tropas acantonadas en ese lugar, y en Pacacha y Jazpampa, donde unos seiscientos trabajadores en huelga apagaron el 19 de julio los hornos de ambas oficinas.[57]

En Pisagua hubo un rebrote de la protesta popular, a partir del lunes 21 de julio, al declarase en huelga el gremio de jornaleros portuarios a la espera de la decisión de su homólogo iquiqueño respecto de la aceptación o rechazo del pago de sus remuneraciones en billetes. Posteriormente, fueron imitados por los lancheros, cachucheros y una parte de los trabajadores del ferrocarril. Delegaciones de huelguistas se dirigieron a la caleta de Junín y a Iquique para intentar conseguir apoyos para su movimiento. La marinería de *La Esmeralda*, de la Armada nacional, asumió los trabajos de descarga de mercaderías. Los jornaleros y fleteros mantuvieron su huelga para con-

55 BNSM, *Correspondencia a José Manuel Balmaceda*, tomo VII (1890), oficio de Benjamín Arteaga Alemparte a José Manuel Balmaceda, Arica, julio 24 de 1890, fjs. 106-111; "Manifiesto de los huelguistas de Arica", en: *El Deber*, Tacna, 16 de julio de 1890; "Cablegrama de Arica", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 17 de julio de 1890; "Correspondencia. Arica", en: *El Tacora*, Tacna, 17 y 18 de julio de 1890; "Telegramas. Huelga en Arica", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 17 de julio de 1890; "Correspondencia. Arica", en: *El Deber*, Tacna, 17 y 18 de julio de 1890; "Sucesos del norte", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 18 de julio de 1890; "Arica y la huelga" y "¡Compañeros!", en: *El Morro de Arica*, Arica, 19 de julio de 1890.

56 "Correspondencia. Arica", en: *El Deber*, Tacna, 19 y 21 de julio de 1890; "Telegramas. Telégrafos del Estado. Arica. La huelga aumenta", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de julio de 1890; "Los sucesos de ayer", en: *El Morro de Arica*, Arica, 19 de julio de 1890 ; "Telegramas", en: *El Tacora*, Tacna, 19 de julio de 1890; "La huelga en Arica", en: *El Independiente*, Santiago, 20 de julio de 1890; "Correspondencias. Arica", en: *El Tacora*, Tacna, 20 de julio de 1890; "Crónica. Esquela", en: *El Deber*, Tacna, 21 de julio de 1890; "Telegrama. Los desórdenes de Arica", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 21 de julio de 1890; "La huelga de Arica", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de julio de 1890; "Arica", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 1° de agosto de 1890.

57 "En Rosario de Huara", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 18 de julio de 1890; ANAIT, vol. 188 (Gremio de Jornaleros 1890-1892), telegrama de Latorre al intendente de Tarapacá, telegrama de la oficina de Negreiros, en julio 19 de 1890 a la 1:11 hs PM, s. f.

quistar el 20% de reajuste salarial hasta el 3 de agosto. Al día siguiente reconocieron su derrota y volvieron al trabajo por la antigua tarifa.[58]

En Iquique, la decisión del comercio de volver al antiguo sistema de pago empujó a los jornaleros y lancheros a reiniciar la huelga el 21 de julio. Pero en esta oportunidad complotaron contra su movimiento numerosos factores. Los propios trabajadores estaban divididos: algunos eran partidarios de continuar siendo miembros de un gremio fiscal; otros preferían una relación libre y directa con el comercio. La carga y descarga de mercaderías fue asegurada, al menos parcialmente, por algunos jornaleros y lancheros que continuaron trabajando, y por la tripulación del buque de guerra *Cochrane* de la Armada nacional; la policía reprimió prontamente a los huelguistas que intentaron amedrentar a pedradas a los esquiroles y la justicia los condenó con igual diligencia. Derrotados, los portuarios comenzaron a volver a sus faenas el 29 de julio.[59]

En Antofagasta, los lancheros de la Empresa del Ferrocarril y de la Compañía del Salitre, que se resistían a continuar trabajando en las condiciones anteriores, se declararon en huelga el 31 de julio, cuando la situación se encontraba virtualmente normalizada en la mayoría de las localidades del Norte Grande. Al día siguiente, la presencia de dos piquetes de la tropa de línea puso fin al movimiento.[60]

Más al sur, en el Norte Chico, probablemente como un eco de las huelgas en Tarapacá y Antofagasta, se generó un clima de agitación en algunos segmentos de trabajadores, especialmente de carrilanos y mineros. La alarma cundió entre las autoridades. El 12 de julio, al rumorearse en Freirina que a ciertas cuadrillas de carrilanos no se les cancelarían sus salarios, "en un abrir y cerrar de ojos todos los operarios se armaron de garrotes y algunos de estos de corvos y revólver", tomando como rehenes a los pagadores y al subdelegado como medida de presión para obtener el pago para todos los trabajadores.[61] En Chañaral, las autoridades solicitaron refuerzos militares para prevenir desórdenes en la ciudad y en los centros mineros de Ánimas, Salado y Pan de Azúcar. Pero como la crítica situación en el

58 *ANAIT*, vol. 191 (Gobernación de Pisagua, 1890), telegramas de M. A. Riofrio al intendente de Tarapacá, núms. 689, 706, s. n. y 718, Pisagua, 23, 28 y 31 de julio, 2 y 4 de agosto de 1890, s. f.; "Provincias. Pisagua. La huelga", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 21 de julio de 1890; "Pisagua. Nueva huelga de lancheros", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de julio de 1890; "La huelga en Pisagua", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 5 de agosto de 1890.

59 "Huelga", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 22 de julio de 1890; "La huelga", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 23 y 25 de julio de 1890; *ANAIT*, vol. 179 (Aduana y Tesorería 1890), oficio de Alejandro Valdivieso al Sr. Admar de Aduanas, NE64, Resguardo de Iquique, Iquique, julio 23 de 1890, s. f. y oficio de And. Z. Nielo al intendente de Tarapacá, Comandancia de Policía de Iquique, Iquique, julio 23 de 1890, s. f.; "La huelga de los lancheros" y "Remitidos. Al comercio", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 26 de julio de 1890; "Remitidos. Actualidad", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 27 de julio de 1890, "Los lancheros", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 29 de julio de 1890; "La huelga de los lancheros", Iquique, 30 de julio de 1890.

60 "Telegramas. Antofagasta", en: *La Voz de Chile*, Iquique, 1° de agosto de 1890; "Antofagasta. Los lancheros", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 6 de agosto de 1890.

61 "Freirina. Gran desorden de los carrilanos", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de julio de 1890.

Norte Grande y en Valparaíso impedía el envío de contingentes a esa zona, el gobernador debió contentarse con seguir las indicaciones del Ministerio del Interior de organizar la defensa con la policía, vecinos y el Cuerpo de Bomberos. Dichas medidas y la declinación de los paros en la región del salitre y en Valparaíso bastaron para mantener a raya a los mineros atacameños.[62] La huelga, al parecer, no alcanzó a estallar.[63]

A estas alturas, el epicentro del conflicto social se encontraba centenares de kilómetros más al sur, en Valparaíso, puerta de entrada y de salida del Chile Central.

Las huelgas y la agitación en Valparaíso y en otras regiones

Aún no terminaban de apagarse completamente los últimos focos de protestas obreras en el norte del país cuando surgió un movimiento de características similares en Valparaíso. A las 7 de la mañana del lunes 21 de julio se declararon en huelga los fleteros y lancheros de la Compañía Sudamericana de Vapores, exigiendo pago en plata, supresión del 25% del derecho de muelle, del 12% que dejaban en caja y del 10% que les quitaban los capataces. La paralización de labores y las manifestaciones se extendieron con gran rapidez. Numerosos grupos de huelguistas armados de garrotes recorrieron el malecón y las calles ocasionando algunos destrozos y levantando una parte de los rieles del ferrocarril urbano. Unos cien fleteros y lancheros instaron a los jornaleros del dique a suspender sus trabajos. En seguida los huelguistas se dirigieron donde el intendente Sánchez, a quien expusieron sus demandas. La entrevista no arrojó resultados concretos, ya que el intendente explicó que el problema residía en la relación entre los trabajadores y sus empleadores, y en el Congreso, que había establecido los descuentos por ley, por lo que su único compromiso fue interceder ante el comercio para obtener satisfacción de las reivindicaciones.[64]

62 *ANAMI*, vol. 1596, oficio de D. Risopatrón Cañas, intendente de Atacama, al ministro del Interior, Copiapó, 31 de julio de 1890.

63 Pero la tensión subsistió durante varias semanas. El 23 de agosto partiría por mar hacia Los Vilos un piquete de hombres del 3° de Línea para prevenir desórdenes de los carrilanos de la región, "Partida de tropas", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de agosto de 1890.

64 *Archivo Nacional, Archivo de la Intendencia de Valparaíso* (en adelante *ANAIV*), vol. 665 (Comunicaciones de la Guardia Municipal 1890), oficio de Manuel J. Jarpa al intendente de Valparaíso, Guardia Municipal, Valparaíso, 24 de julio de 1890, s. f.; "Huelga", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 21 de julio de 1890; "Huelga en Valparaíso", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 21 de julio de 1890; "Orijen de los desórdenes", en: *El Comercio*, Valparaíso, 22 de julio de 1890; "Huelga en Valparaíso", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 22 de julio de 1890; "La verdad sobre los sucesos de Valparaíso. (De un suplemento a La Nación)", en: *El Comercio*, Valparaíso, 24 de julio de 1890.

Hacia las 13:00 hs la parálisis de la ciudad era total. Varias fábricas de alimentos y casas de préstamos habían sido saqueadas y otros grupos de trabajadores, entre los que se contaban los carretoneros y los obreros de algunos establecimientos industriales, como los de Hardie y Cía., se habían unido a la huelga. En el asalto a una panadería las "turbas" habían sido repelidas a balazos, quedando doce heridos. Los bancos y tiendas fueron cerrados.[65] Los trabajadores se habían adueñado de Valparaíso. Según un reportero: "A la una del día cerrado todo el comercio, bancos y principales oficinas públicas. La ciudad presentaba el aspecto de una ciudad en los momentos más críticos. Cada plaza, cada barrio, cada calle, era un centro de gente amotinada en donde oradores improvisados hacían uso de la palabra, explicando cada cual lo que pasaba, comentando a su modo y proponiendo este plan o aquel otro".[66]

A las 14:00 hs se produjeron los primeros enfrentamientos entre la policía y los huelguistas, en la Plaza de la Intendencia. A las 16:00 hs un numeroso grupo de manifestantes atacó la imprenta del diario opositor *La Unión*, desde donde se disparó contra la masa. Unas treinta personas fueron alcanzadas por las balas. Luego intervinieron las tropas del Ejército, logrando dispersar a los trabajadores, que fueron perseguidos por un piquete de policías a caballo "que los barrió hasta la playa".[67]

La labor de la policía y de los militares fue ardua. Los saqueos, apedreamientos, destrucciones y ataques a propiedades públicas y privadas se produjeron en distintos sectores de la ciudad, y en ellos participó una muchedumbre de unas diez mil personas. La represión fue durísima: según el secretario de la Comandancia General de Armas de Valparaíso, a las 18:00 hs había cuatrocientos treinta *rotos* presos en los cuarteles, unos trescientos heridos y más de un centenar de muertos.[68] Al caer la noche los incidentes se multiplicaron e intensificaron, sobre todo los saqueos de negocios de alimentación y los enfrentamientos con las fuerzas del orden. La noticia de la llegada del general Valdivieso con fuerzas de Santiago a las nueve y media de la noche se difundió con bastante rapidez y volvió un tanto la calma, pero durante toda la noche se oyeron descargas de rifles, y tanto la fuerza de policía como la de línea recorrieron la población procurando restablecer el orden.[69]

65 "Huelga en Valparaíso", en: *El Ferrocarril*, ob. cit.

66 "Huelga en Valparaíso", en: *El Ferrocarril*, ob. cit., Santiago, 22 de julio de 1890.

67 *ANAIV*, vol. 665 (Comunicaciones de la Guardia Municipal, 1890), oficio de Manuel J. Jarpa..., ob. cit., s. f.

68 *BNSM, Correspondencia a José Manuel Balmaceda*, tomo VII (1890), oficio de Villagrán, secretario de la Comandancia General de Armas de Valparaíso a Juan Santa María, Valparaíso, 25 de julio de 1890, fjs. 119-124. *ANAIV*, vol. 665 (Comunicaciones de la Guardia Municipal ,1890), oficio de Manuel J. Jarpa..., ob. cit., s. f. Otra relación pormenorizada de los incidentes de toda la jornada, desde la óptica de las fuerzas encargadas de reprimir los desórdenes, se encuentra en *ANAIV*, vol. 661 (Comunicaciones generales 1890), oficio del general Valdivieso al intendente de Valparaíso, núm. 454, Comandancia Jeneral de Armas de Valparaíso, julio 25 de 1890, s. f. Un detalladísimo relato de los acontecimientos de ese día puede verse en "La ciudad entregada al pillaje", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de julio de 1890.

69 "La huelga", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 23 de julio de 1890.

El recuento de víctimas de esta primera jornada en Valparaíso arrojó un balance elevado: la comisión especial de la Cámara de Diputados encargada de investigar lo ocurrido se refirió al juicio de "numerosísimas personas" que estimaban en trescientos los heridos, y a los cálculos del comandante de policía que elevaba esa cifra a quinientos. En cuanto a los muertos, las conjeturas eran aún más inciertas: los parlamentarios encargados de la investigación informaban que algunas personas creían que eran más de cuarenta y otros pensaban que no eran más de doce.[70] Sin duda, estos datos fragmentarios no daban cuenta cabal del baño de sangre que se había producido en Valparaíso. El ocultamiento de numerosos cadáveres por temor a las represalias hizo imposible un recuento exacto de las víctimas, pero la revelación del secretario de la Comandancia General de Armas en el documento confidencial citado más arriba indica que los muertos probablemente superaban el centenar.

El 22 de julio el movimiento de protesta popular se extendió a la vecina localidad de Viña del Mar. Los ciento cincuenta operarios de la fundición Lever, Murphy y Cía. y numerosos peones de la línea férrea se declararon en huelga. Muchos pobladores se unieron a ellos y, en columna de seiscientas personas encabezadas por una bandera roja, se dirigieron a la Refinería de Azúcar para intentar paralizarla, pero fueron rechazados por grupos de "guardias blancas" y la infantería de línea. A las 14:00 hs los huelguistas volvieron a reunirse y marcharon nuevamente hasta las puertas de la refinería donde fueron dispersados por la policía y soldados.[71] Durante la noche reinó la calma en la población, pero al día siguiente, como a las 13:00 hs, los trabajadores en paro se congregaron una vez más en las cercanías de la misma industria, siendo dispersados por una carga a sable de la policía.[72]

Entretanto, el 22 de julio en Valparaíso grupos de manifestantes intentaron obligar a los tipógrafos a cesar su trabajo, pero fueron dispersados por cargas de caballería. Más tarde, ciertos grupos subieron a los cerros, donde procedieron a saquear algunas tiendas de víveres. Durante la noche, numerosos efectivos policiales y militares al mando del general Samuel Valdivieso recorrieron la ciudad, y en los cerros grupos de celadores y numerosos piquetes de vecinos cumplieron la misma

70 *Sesiones del Congreso Nacional. Cámara de Diputados. Boletín de las Sesiones Ordinarias en 1890*, ob. cit., "Sesión 36ª ordinaria en 26 de julio de 1890", p. 589. La jefatura de la Guardia Municipal informó al intendente acerca de la existencia de quinientos heridos y doce muertos por bala, sable y bayoneta, incluyendo entre las víctimas fatales a dos mujeres, "de las cuales una falleció repentinamente en los calabozos del cuartel el día 22". *ANAIV*, vol. 665 (Comunicaciones de la Guardia Municipal, 1890), oficio de Manuel J. Jarpa..., ob. cit., s. f.

71 "La huelga", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 23 de julio de 1890, ob. cit.; "La huelga se propaga", en: *El Comercio*, Valparaíso, 22 de julio de 1890; carta de Juan A. Walker Martínez a Augusto Kiel, Viña del Mar, 23 de julio de 1890, publicada en la rúbrica "Los sucesos de Viña del Mar" por *El Comercio*, Valparaíso, 24 de julio de 1890; "Sucesos de Viña del Mar", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 24 de julio de 1890; "Los sucesos de Viña del Mar", en: *El Comercio*, Valparaíso, 26 de julio de 1890.

72 *ANAMI*, vol. 1596, Intendencia de Valparaíso, julio 30 de 1890, copia del oficio del subdelegado de Viña del Mar fechado el día anterior, f. 197 vta. El mismo oficio se encuentra también en *ANAIV*, vol. 651 (Subdelegaciones, 1890), s. f.

labor de prevención y represión ante cualquier tentativa de saqueo o violencia de las "turbas".[73]

El despliegue masivo de fuerzas militares, policiales y de "guardias blancas" en la represión de las manifestaciones populares comenzó a rendir sus frutos. Desde el 23 de julio los actos de violencia popular comenzaron a disminuir paulatinamente en cantidad e intensidad. La huelga no fue por ello inmediatamente derrotada. En Valparaíso seguían en paro los lancheros, los obreros de la maestranza, los operarios de varias fábricas, la mayoría de los obreros panificadores y los mecánicos de las fundiciones. Y a contrapelo de la tendencia dominante al reflujo, el 23 de julio paralizaron sus labores los jornaleros portuarios, encargados del despacho de mercaderías, con la intención de obtener la supresión del 25% que abonaban por el servicio de muelle y el nombramiento de un nuevo comandante para su gremio, además de los trabajadores de la chata *Bío-Bío* y del vapor *Laja* de la Compañía Sudamericana de Vapores, que exigían el pago en plata de sus salarios.[74] En Viña del Mar también continuaron en huelga los operarios de fundiciones durante los días 23 y 24 de julio. El 25 del mismo mes seguían en huelga los lancheros, la mayor parte de los panaderos, los jornaleros del despacho de mercaderías y casi todos los mecánicos de las fundiciones de Caleta Abarca, de Balfour y Cía. Brower Hardie, Cía. Inglesa de Vapores y otras empresas.[75]

Pero éstos eran los estertores del movimiento de protesta proletario porteño. El 24 volvieron a sus labores en Valparaíso los carretoneros, cocheros, fleteros, ciertos trabajadores de buques y operarios de algunas panaderías.[76] El 26 de julio ya habían retornado a sus faenas la mayoría de los jornaleros y lancheros, aceptando las mismas condiciones anteriores, y la comisión del gremio de panaderos publicó una declaración asegurando que el reposo dominical no se contaba entre sus reivindicaciones, limitándose a reclamar sólo el 25% de reajuste salarial.[77] No obstante esta moderada posición, la cerrada negativa patronal prolongó el paro hasta fines del mes.[78]

A contracorriente de la nueva tendencia, el 26 de julio abandonaron sus labores los jornaleros del despacho de mercaderías para obtener la supresión del 25% que debían abonar por el servicio del muelle fiscal y la destitución del comandante de su gremio.[79] Aunque otros sectores de trabajadores, como los lancheros y los mecáni-

73 Véase, por ejemplo, *ANAIV*, vol. 651 (Subdelegaciones, 1890), oficios de M. Hernández, jefe del Cuerpo de Celadores de la Subdelegación núm. 4, Cerro Santo Domingo, al intendente de la provincia, Valparaíso, 22 de julio de 1890, s. f.

74 "Huelga de mecánicos", "Huelga de jornaleros", "La huelga de lancheros" y "Más huelgas", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 24 de julio de 1890.

75 "Valparaíso. Gremios en huelga", en: *El Independiente*, Santiago, 25 de julio de 1890.

76 "Terminan las huelgas", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 25 de julio de 1890.

77 "Las huelgas" y "La comisión del gremio de panaderos", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de julio de 1890.

78 "Los panaderos", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 31 de julio de 1890.

79 "Gremios en huelga", en: *El Independiente*, Santiago, 25 de julio de 1890.

cos de las fundiciones de Viña del Mar y de Valparaíso, continuaban su movimiento, se afianzaba la tendencia general hacia el reflujo. El 28 de julio, algunos jornaleros que trataban de incitar a la huelga a los operarios de una panadería situada en la calle Las Heras fueron arrestados por la policía, conducidos al cuartel, sermoneados y posteriormente puestos en libertad.[80] Esta acción y la persistente huelga de los panificadores fueron las últimas manifestaciones públicas del gran movimiento que días antes había sacudido a la ciudad. A comienzos de agosto todo había vuelto a la normalidad.

En distintos puntos del interior de la provincia de Valparaíso se generó un clima de agitación. Pero la presencia de fuerzas armadas en las cercanías de algunos conglomerados de obreros carrilanos, que trabajaban en el tendido de la línea férrea de La Calera a La Ligua y del ferrocarril Trasandino, fue un importante factor que impidió el estallido de huelgas. En Los Andes, el rumor de la "bajada" a la ciudad de varios centenares de carrilanos generó un ambiente de gran tensión y de febriles preparativos por parte de las autoridades.[81] En Quillota, el comercio vivió momentos de angustia al rumorearse con insistencia el estallido de posibles desórdenes en la vecina localidad de La Calera, provocados por los carrilanos del tendido de la línea de ferrocarril a La Ligua.[82] Nada de eso aconteció, pero los operarios de las tres panaderías de Quillota comenzaron una huelga el 25 de julio.[83] Y a los pocos días, el 28 de julio, sus compañeros de la vecina ciudad de San Francisco de Limache iniciaron un movimiento similar al ver rechazadas sus pretensiones del 25% de aumento salarial.[84]

En Santiago, la polarización política y otros factores se conjugaron para impedir un estallido similar al del Norte Grande y al de Valparaíso. La lucha entre el gobierno y la oposición siguió siendo, durante julio, el factor generador de las mayores pasiones. La presencia de importantes contingentes militares y policiales y la movilización de segmentos de la elite para organizar una Guardia del Orden contribuyeron a limitar la efervescencia popular.[85] Con todo, diversos sectores de trabajadores de la capital y de las zonas rurales alzadas sufrieron el contagio del espíritu reivindicatorio que se propagó desde el norte del país.

Los obreros ferroviarios, al enterarse de las huelgas de sus compañeros en Antofagasta e Iquique, decidieron imitarlos y extender el movimiento a distintas regiones.

80 "Crónica. Los huelguistas", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de julio de 1890.

81 Informaciones de *El Eco de Los Andes*, reproducidas en "Andes. Temores de huelga", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de julio de 1890, y en "Andes", en: *El Ferrocarril*, Santiago, 6 de agosto de 1890. Véase además Ramírez Necochea, *Historia...*, ob. cit., p. 305; "Rumores de Los Andes", en: *El Comercio*, Valparaíso, 20 de julio de 1890.

82 "Quillota. Rumores", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de julio de 1890.

83 "Huelga de panaderos", en: *La Sociedad*, Quillota, 27 de julio de 1890.

84 "San Francisco de Limache. Huelga de panaderos", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 1° de agosto de 1890.

85 Sobre la Guardia del Orden santiaguina véase, entre otros, "Santiago. Guardia del Orden", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 23 de julio y 7 de agosto de 1890.

Con este fin enviaron comisiones encargadas de solicitar la solidaridad de los integrantes del gremio en las estaciones situadas entre la capital y Talcahuano. La iniciativa recibió distintas muestras de apoyo, desde telegramas de felicitaciones hasta la adhesión de una asamblea de trescientos ferroviarios de Concepción.[86] Estimulados por estos éxitos, los santiaguinos presentaron el 25 de julio una solicitud al gobierno y al Congreso para obtener el pago de sus salarios en plata.[87]

En la mañana del 30 de julio, un grupo de aproximadamente treinta trabajadores de la Compañía de Gas de la misma ciudad se declararon en huelga, pero ésta fue derrotada mediante la contratación de esquiroles y la intervención de la policía.[88]

En la capital y en otros puntos de la provincia se vivió un tenso clima de rumores y preparativos de huelga que, al parecer, no cristalizó en acciones efectivas. Los jornaleros de la canalización del Mapocho, los mineros de la mina Desengaño de Batuco y los trabajadores de Las Canteras (entre las estaciones de Los Guindos y Nos) protagonizaron situaciones de este tipo, es decir, sin mayores consecuencias.[89]

En la región de Concepción, el tensionado ambiente político y social generó los rumores más alarmistas de preparativos de movimientos populares. El 26 de julio, un periódico local de tendencia opositora informaba acerca de los murmullos que circulaban sobre la pronta declaración de huelga de los operarios de la maestranza de los ferrocarriles para obtener el cambio de jefes extranjeros por chilenos. Poco tiempo después, el mismo diario se hacía eco de las voces que corrían anunciando el pronto estallido de una huelga entre los mineros de Lota y Coronel y de un conato de rebelión en el departamento de Lautaro, a causa de la instigación de un agente gobiernista. Una reunión de vecinos, efectuada el 1° de agosto en los salones del selecto Club de Lota, puso en pie una "guardia de propiedad" que logró disuadir a los agitadores.[90] Pero la tensión y los rumores persistieron en toda la región: a los pocos días se hablaba de preparativos de huelga entre los obreros de algunas industrias de Penco y los trabajadores de las minas de Cerro Verde, quienes actuarían unidos con los mineros del carbón. Un oficial del batallón de Zapadores fue despachado a esas localidades para investigar la situación.[91] Al igual que en los casos anteriores, estas intentonas abortaron; sólo los obreros de panaderías fueron a la huelga en la región penquista.[92]

86 "Santiago. Imitando a los del norte", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de julio de 1890.

87 Ramírez Necochea, *Historia...*, ob. cit., p. 304.

88 "Santiago. Conato de huelga", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 1° de agosto de 1890.

89 "Los mineros de Batuco" y "Los trabajadores de la canalización del Mapocho", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de julio de 1890; "Santiago. Conato de huelga", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 13 de agosto de 1890.

90 "Sobre la huelga", en: *El Sur*, Concepción, 26 de julio de 1890; "Lo que hai de verdad", en: *El Sur*, Concepción, 30 de julio de 1890; "Huelga en Lota", en: *El Sur*, Concepción, 2 de agosto de 1890; "La pretendida huelga", en: *El Sur*, Concepción, 5 de agosto de 1890.

91 "Penco", en: *El Sur*, Concepción, 12 de agosto de 1890.

92 Al igual que en otras ciudades, los patrones penquistas contrarrestaron la acción de sus trabajadores contratando mujeres e inmigrantes. "Los panaderos", en: *El Sur*, Concepción, 6 de agosto de 1890; "Los panaderos de Concepción", informaciones de *La Voz del Pueblo* de Concepción, reproducidas en *La*

El único gremio capaz de levantarse casi al unísono en la zona central fue el de los obreros panaderos.[93] Su capacidad de lucha era, sin duda, el fruto de la experiencia acumulada en los años anteriores y evidenciaba algún probable grado de coordinación interprovincial, que hasta el momento no es posible probar. Lo cierto es que en julio y agosto de 1890 los panificadores de Valparaíso, Quillota, Limache, Talca y Concepción fueron a la huelga en pos de sus reivindicaciones: pago en plata, aumentos salariales y descanso dominical.[94] En Talca, al igual que en varias de las ciudades recién nombradas, el de los panificadores fue el único gremio que cesó de trabajar durante esta oleada nacional de agitación obrera popular. El 1° de agosto, cuando casi todos los movimientos reivindicativos del resto del país ya habían sido derrotados, los operarios de panaderías talquinos "se declaran en huelga porque ya no pueden más y prefieren cruzarse de brazos y morir en la sombría desesperación, antes que someterse y continuar vendiendo sus vidas por miserables salarios que no dan para vivir".[95]

Fuera de este caso excepcional, las huelgas de la región central –cuyo epicentro fue siempre Valparaíso– comenzaron a extinguirse a partir de los días 24 y 25 de julio. La violenta represión, la intransigencia patronal y la falta de coordinación de los huelguistas terminaron por liquidar un movimiento que se había extendido a saltos durante un mes desde las pampas nortinas hasta la zona central.

Una tentativa de balance

La huelga de julio de 1890 fue la primera huelga general de la historia de Chile, al menos en las provincias de Tarapacá y Antofagasta y en la ciudad de Valparaíso. Su trascendencia fue enorme en la historia social del país. Aunque debe ser entendida como parte de un proceso de larga duración que venía desarrollándose desde mucho antes y que continuó después de que, a fines de julio o comienzos de agosto, se apagaron los últimos focos de protesta obrera, la oleada reivindicativa de esa coyuntura constituye, a nuestro entender, un momento de ruptura a la vez que un hito altamente simbólico en la historia del movimiento popular en Chile.

Libertad, Talca, 6 de agosto de 1890; "Concepción. Huelga de panaderos", en: *El Mercurio*, Valparaíso, 7 de agosto de 1890.

93 En el norte, los obreros panificadores fueron a la huelga en Iquique y Antofagasta.

94 "Gremios en huelga", en: *El Independiente*, Santiago, 25 de julio de 1890; *El Ferrocarril*, Santiago, 26 de julio de 1890. En Chillán, los operarios de panaderías se aprestaron a comienzos de agosto para lanzar una huelga en apoyo a sus peticiones de aumento de sueldo, mejor alimentación y pago semanal. Uno de los industriales del ramo se anticipó al movimiento de sus operarios, despidiéndolos a todos y reemplazándolos por mujeres. Otros patrones hicieron custodiar sus establecimientos por gendarmes. *La Discusión*, Chillán, 8 y 12 de agosto de 1890.

95 "La huelga de los panaderos", en: *El Alfa*, Talca, 4 de agosto de 1890. Véase, además, "Todavía los panaderos", en: *La Libertad*, Talca, 3 de agosto de 1890.

La huelga general de 1890 fue, en gran medida, un resultado del proceso de acumulación de fuerzas y de experiencias de algunos sectores de trabajadores, y desde este punto de vista hay evidentes elementos de continuidad con procesos de larga data en el movimiento popular.

Pero también la conmoción social de julio de 1890 fue una fractura histórica de considerable magnitud en el seno del mismo movimiento.

El quiebre o desencuentro fue doble.

Antes que nada, desencuentro entre los principales protagonistas de las huelgas y el mutualismo, la forma de organización más difundida en el mundo popular.

Como es sabido, el sindicalismo no surgía todavía en Chile y la mutualidad, que eventualmente impulsaba luchas de resistencia del trabajo contra el capital, se hallaba implantada preferencialmente en aquellos gremios de obreros y artesanos urbanos que tuvieron escasa o ninguna figuración en las huelgas de julio de 1890.

A este respecto es ilustrativa la ausencia en estos conflictos de gremios como los tipógrafos, los sastres, los zapateros, los carpinteros y los ebanistas, que habían sido desde mediados de siglo los más proclives a la sociabilidad mutualista.

Pero el desencuentro entre la mutualidad y los huelguistas de julio no fue una cuestión meramente organizativa, sino el anuncio de un relevo de los protagonismos en el seno del movimiento popular. La huelga general de 1890 marcó de manera sangrienta la entrada a la escena social de la clase obrera moderna, en vías de constitución en torno de la economía capitalista de la era industrial, cuyas bases principales eran las explotaciones salitreras del norte, las actividades portuarias y las fundiciones de esa zona y de Valparaíso, las minas de carbón de la región de Concepción y la industria manufacturera concentrada principalmente en Santiago y Valparaíso. Fueron estos sectores, en especial los mineros y los trabajadores portuarios, quienes comenzaron a ocupar progresivamente el lugar de vanguardia de la lucha y organización popular, papel que hasta entonces habían desempeñado los artesanos y obreros urbanos más calificados.

La sustitución de los liderazgos ocuparía aún no pocos años, tal vez algunas décadas, no sólo porque los antiguos protagonistas –los artesanos y obreros urbanos de mayor calificación empleados en actividades más tradicionales– no desertarían pura y simplemente de la lucha social, sino también porque los nuevos actores vivían una etapa transicional. La transformación del peonaje de raíz colonial en proletariado moderno, si bien se encontraba muy avanzada, aún no había culminado. La persistencia de relaciones laborales con fuertes resabios precapitalistas (como el pago en fichas o regalías y los castigos físicos) y la mentalidad que ello generaba nos indican que la metamorfosis del peonaje en proletariado no había llegado a su fin. La nueva vanguardia social, que se anunció desde los años ochenta y que emergió con más fuerza en julio de 1890, se caracterizó durante todo el período por su "espontaneísmo", por la violencia y "primitivismo" de sus luchas. Compuesta esencialmente por mineros y por trabajadores urbanos de baja calificación e instrucción que sufrían una explotación despiadada, esta vanguardia vivía su propio proceso de transición y ten-

día a reproducir métodos "salvajes" y "premodernos" de "guerra social", característicos de los motines peonales, las insurrecciones mineras o los levantamientos campesinos del siglo XIX, ocurridos en ocasiones propicias, como las guerras civiles, cuando se producía un notorio debilitamiento del poder central, o en otras situaciones de gran explosividad. Pero el propio avance de la economía capitalista, las influencias de las ideologías de reforma y redención social, los esfuerzos conjugados de diversos sectores de la elite y el Estado, entre otros factores, ayudaron en los años posteriores a acelerar la mutación cultural de este segmento popular, "proletarizándolo", esto es, alejándolo de su origen peonal. Muy probablemente fue esa transformación del peonaje en proletariado la que permitiría, a poco andar, la adopción por parte del nuevo actor de algunas de las formas de organización y lucha propias de la antigua vanguardia. Pero esa es materia para un período posterior al que este trabajo se ha propuesto abordar. Por lo demás, dentro de la nueva avanzada social popular estarían presentes grupos de trabajadores con cierta tradición organizativa –como los gremios de portuarios y panaderos–, cualitativamente distintos de los "espontaneístas" que tendían a manifestarse en forma de "turbas" y motines.

En todo caso, la ausencia del mutualismo en las luchas reivindicativas de julio de 1890 fue uno de los hechos más significativos que marcaron el desfase entre la organización popular más importante de aquella época y este movimiento sin jefes conocidos, sin coordinación (más allá de algunas contadas empresas u oficinas salitreras) y sin estrategia claramente definida.

La falta de presencia del mutualismo tenía su correlato, en el plano político, en la ausencia del Partido Democrático en aquella desorganizada ofensiva obrera y popular. Siendo su base principal el artesanado y los obreros más calificados, organizados en las mutuales y otras asociaciones que encarnaban el proyecto de "regeneración del pueblo", el joven partido prefería –como hemos expuesto en otros trabajos–[96] la lucha en el terreno político-institucional y el levantamiento de ciertas reivindicaciones históricas del artesanado (como el proteccionismo) u otras ligadas prioritariamente a la defensa del nivel de vida de los sectores populares en la esfera del consumo, más que a la defensa activa del valor de la fuerza de trabajo contra el capital.

El elocuente silencio de la dirección del Partido Democrático respecto de la huelga general del norte y de Valparaíso, y su completa falta de iniciativa para apoyar ese movimiento y extenderlo a otras ciudades y regiones, debe ser explicado por la estrategia político-institucional de la organización demócrata y por su falta de preocupación por representar, a través de una plataforma precisa, los intereses de aquellos sectores de trabajadores más paupérrimos y con menor capacidad de negociación y de representación en el estrecho cuadro político institucional de la época. Es cierto que las huelgas estallaron en la región salitrera donde el Partido Democrático era inexistente o muy

96 Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo"...*, ob. cit., pp. 655-703; "Los primeros tiempos del Partido Democrático chileno (1887-1891)", en: *Dimensión Histórica de Chile*, núm. 8, Santiago, 1991, pp. 31-62.

débil. Pero en otros lugares, como sucedió en Valparaíso, donde había una fuerte base democrática apoyada en organizaciones sociales y en su instancia de coordinación (la Liga de Sociedades Obreras), la ausencia de este partido y de las asociaciones mutualistas en la lucha reivindicativa de julio de 1890 fue evidente. La principal preocupación de los dirigentes demócratas y mutualistas apuntó a desligarse de las violencias populares, no a entregar conducción y perspectivas a las luchas reivindicativas. Así, al día siguiente de la cruenta jornada del 21 de julio, una comisión de varias sociedades de socorros mutuos que contaban entre sus miembros a dos conocidos dirigentes, Contreras y Morales, se dirigió al local del diario *El Comercio* para desmentir acusaciones de la prensa de oposición que los hacían aparecer como responsables de los incidentes de la víspera, y para anunciar la realización de una reunión en el local de la Filarmónica de Obreros, a fin de adoptar medidas para cooperar con el intendente en asegurar el orden "en honor del buen nombre del Partido Democrático".[97] Yendo aún más lejos en esta posición, la agrupación demócrata de Valparaíso publicó por aquellos días una declaración difundida en volantes en la que se negaba cualquier participación de sus militantes en los desórdenes, se sostenía que su divisa era el orden y el respeto a las leyes y se afirmaba que sus afiliados, en el caso de que tuvieran que "asumir alguna actitud, sería en defensa de la vida, de la propiedad y el orden público en general".[98]

Consecuente con su estrategia de incorporación al juego político institucional, la dirección demócrata se limitó durante esa coyuntura a realizar algunas movilizaciones tendientes a desbloquear el *impasse* político nacional e instar a los poderes Ejecutivo y Legislativo a adoptar "una medida salvadora" que permitiera su reconciliación o *entente*. Ése fue el objetivo principal de las manifestaciones organizadas por el Partido Democrático el 20 de julio, que reunieron a varios miles de personas, especialmente en la capital. Como es sabido, la única referencia, indirecta, al clima de agitación obrera reinante en el país que los dirigentes demócratas hicieron ese día durante su entrevista con el presidente de la República fue la petición de medidas (sin precisar cuáles) para aliviar la angustiosa situación por la que atravesaban los sectores populares debido a la paralización de numerosas obras fiscales.[99] Nada más. Los demócratas no solicitaban la satisfacción de las exigencias obreras ni el cese de la represión. De esta manera, las únicas instancias que podían dar conducción a la huelga general del Norte Grande y de Valparaíso –el Partido Democrático y las mutuales– dejaban pasar la oportunidad de converger con el movimiento de las principales concentraciones proletarias del país.

Para la elite aristocrático-burguesa la explosión de julio fue la culminación de un fenómeno que ya intuía o preveía desde hacía por lo menos una década, aunque sin tener una idea precisa acerca de su magnitud. Si bien las discusiones sobre "la cuestión social" venían desarrollándose de manera más explícita desde comienzos de los

97 "A última hora", en: *El Comercio*, Valparaíso, 22 de julio de 1890.

98 "La huelga. Últimos desórdenes", en: *El Alfa*, Talca, 28 de julio de 1890.

99 Véase Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo"*..., ob. cit., pp. 699-700; "Los primeros tiempos...", ob. cit.

años ochenta en los medios de la "opinión ilustrada", los efectos prácticos, es decir, las medidas para prevenir una situación como la que entonces se produjo, habían sido inexistentes, salvo, tal vez, algunas adoptadas en el plano sanitario a raíz de las grandes epidemias que asolaron el país durante esa década. La reacción de temor de este sector social –mayoritariamente opositor a Balmaceda en 1890– no fue simple dramatización artificial al servicio de una estrategia de lucha política contra sus adversarios en el seno de la propia clase dominante. La oposición buscó desde un primer momento exagerar el peligro para acumular fuerzas contra el gobierno. Pero cuando el movimiento de los trabajadores manifestó una radicalidad, violencia y persistencia hasta entonces poco comunes, la reacción de condena fue unánime, tanto del oficialismo como de los opositores. Y también hubo un acuerdo substancial entre ambos sectores, durante la segunda fase de la huelga, sobre la necesidad de emplear métodos represivos.

Las verdaderas diferencias radicaban en la valoración que unos y otros hacían sobre el carácter y peligrosidad de ese movimiento. Los opositores eran, naturalmente, quienes tenían la visión más catastrófica, en particular los conservadores que veían el fantasma del comunismo llegado a las costas chilenas. Refiriéndose a los "desórdenes de Iquique", *El Estandarte Católico*, órgano del clericalismo conservador, aseguraba que "estos acontecimientos nos indican que el comunismo que tiene en alarma a los países europeos afirma entre nosotros su cabeza y es de temer que esos estallidos, que no son los primeros, no sean tampoco los últimos. El socialismo, como todos los males que afectan al orden social, es una plaga que cunde y se extiende como el cólera y se arraiga y se aclimata, como las enfermedades endémicas en los países que hace su aparecimiento".[100]

Para los partidarios del gobierno, la protesta había tenido bases justas en sus comienzos, pero había degenerado por obra de dos elementos: "la pórfida instigación política en que se ha visto la mano de la oposición referencia a las acusaciones lanzadas contra los opositores de instigar los desórdenes en Valparaíso, y la intrusión de las hordas malhechoras en el presente ejercicio del derecho".[101]

En la visión del balmacedismo, no se trataría de la llegada del comunismo o socialismo a Chile sino de la "desnaturalización" de un movimiento inicialmente justo por la manipulación política y la irrupción de "las hordas", de "la chusma". Se distinguía en la masa trabajadora aquellos sectores "civilizados" (los artesanos, los trabajadores "honrados", los mutualistas respetuosos de la legalidad) de la "chusma vandálica", inculta e incivilizada, a la que sólo cabía aplicar la represión. Visión que, en definitiva, no difería radicalmente de la que tenían los opositores, incluyendo entre ellos a los conservadores.

Las huelgas de julio fueron una campanada de alerta para la oligarquía. ¿Fue aprendida la lección? La experiencia histórica inmediatamente posterior parece en-

100 "Los desórdenes de Iquique", en: *El Estandarte Católico*, Santiago, 11 de julio de 1890.

101 "La situación local", en: *El Comercio*, Valparaíso, 23 de julio de 1890.

tregar una respuesta negativa. Los albores del siglo XX mostraron que durante mucho tiempo la principal reacción de la elite a la "cuestión social" fue la represión. Negar la dramática situación en que vivían la clase obrera y los sectores populares o buscar causas en la falta de ilustración, en los vicios y en la acción de agitadores fue la posición más común de la clase dominante frente a estos problemas.[102]

Ésa era, por ejemplo, la actitud de la Cámara de Comercio de Valparaíso en julio de 1890, cuando al redactar una carta de respuesta a la Comisión de la Cámara de Diputados encargada de investigar las causas de las huelgas, declaraba que tales movimientos no tenían justificación económica ya que "el jornal de los trabajadores aludidos [los portuarios] es de tres a cuatro pesos diarios, como mínimum, remuneración más que suficiente a las necesidades de los individuos (sic) obreros", y sindicaba a "los amotinados, en su mayor parte", como "individuos extraños a los gremios de trabajadores arriba aludidos".[103]

Según la asociación mercantil, "una gran parte de los trabajadores en huelga volverían a sus tareas, en las mismas condiciones anteriores, si tuvieran la seguridad de obtener garantías de protección durante los trabajos y después de ellos".[104]

Esta visión era compartida por gran parte de la elite. Los mismos diputados (opositores) que presentaron los resultados de la investigación declaraban haberse formado "el convencimiento íntimo y profundo que lo que se ha llamado huelga no ha sido tal, sino un tumulto vergonzoso, y que dicho tumulto, que se convirtió horas más tarde en hordas de saqueo y pillaje, pudo haberse contenido si la autoridad hubiera tomado medidas oportunas de represión".[105]

Los trabajadores no tenían razones valederas para declararse en huelga. Según los testimonios recogidos por los parlamentarios de la comisión investigadora, entre "las personas mejor colocadas" y que les "inspiraban fe, atendidas su posición social, seriedad de carácter y hasta neutralidad política", la huelga carecía de fundamento económico. Los lancheros, por ejemplo, tenían un salario elevado y "ninguno de ellos, en ningún tiempo, había reclamado a sus patrones aumento de sueldo".[106]

En esta lógica, la solución del conflicto era de tipo puramente policial y militar.

[102] Como hemos demostrado en otro trabajo, las excepciones fueron numerosas, pero fueron, al fin y al cabo, excepciones. Véase Sergio Grez Toso, *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Fuentes para la Historia de la República, vol. VII, 1995.

[103] *Sesiones del Congreso Nacional. Cámara de Diputados. Boletín de las Sesiones Ordinarias en 1890*, "Sesión 36ª ordinaria en 26 de julio de 1890", ob. cit., pp. 587-588.

[104] Ibídem.

[105] Ibíd., p. 587.

[106] Ibídem. El diputado Eulogio Allende, de la minoría balmacedista del Congreso y miembro de la misma comisión, presentó un informe alternativo al de sus colegas opositores. Según Allende, las huelgas de Valparaíso se explicaban sólo por motivaciones gremiales, descartando por completo una causa de origen político. "Importante informe sobre los sucesos de Valparaíso", en: *El Comercio*, Valparaíso, 8 de agosto de 1890.